

EL NUEVO ISLAM POLITICO EN SU PROBLEMATICA MUNDIAL

Después de que a mediados del mes de junio, en los sectores de la crisis o las crisis del Cercano Oriente, la situación de Israel y los países árabes contiguos llegó a un punto de extrema confusión con la imposición del predominio de los guerrilleros palestinos sobre el rey Hussein de Jordania, el enfoque general de aquel Oriente tiende a cambiar totalmente. Dejando a un lado el conocidísimo problema central que es el de la permanencia constante de una beligerancia de hecho después del alto el fuego que siguió a la apodada «guerra de los seis días» en junio de 1967, hay que subrayar otro hecho arábigo evidente y actual. Se trata de que en realidad ha fracasado (o por lo menos ha agotado sus posibilidades) el sistema de coordinación entre los Estados de lengua y formas arábicas, que se inició desde 1945 con el nacimiento, crecimiento y posterior debilitamiento de la Liga Árabe que sigue teniendo su centro en El Cairo. En realidad, dicha Liga Árabe se creó gracias al estímulo de una coincidencia de opiniones que los países fundadores tenían sobre la cuestión palestina. Pero con el paso de los años, y los excesos de los verbalismos sobre las acciones prácticas, el sistema panarábigo completo atraviesa ahora por su mayor etapa de confusión.

Todo ello obliga a que con un doble contenido, tanto regional de aquel Oriente como internacional en general, se estén revisando las características de aquella zona mundial que en sus líneas esenciales se corresponde con el «Antiguo Oriente» de la Historia Universal, fue luego llamada el *Máchriq* en el Islam, y ahora suele ser nombrada con las formas anglosajonas de *Middle East* o *Mideast*.

En realidad, a través del paso de los siglos y las sucesiones de los nombres, el Cercano Oriente al este del Mediterráneo ha tenido siempre unas condiciones geopolíticas que han tendido a imponer reglas históricas casi constantes. Una de ellas es que aquel conjunto de regiones situadas entre el desierto de Libia y el Valle del río Indo desde Oeste a Este; o desde el Cáucaso por arriba hasta la Arabia del Sur por abajo; sólo han prosperado cuando

sobre todas ellas han preponderado un poder central o un sistema central de poderes combinados, sobre todas sus razas, pueblos, conjuntos comunales y multiplicidad de núcleos religiosos. Entre los años 1571 y 1924 el doble Imperio-Jalifato de los sultanes turcos en Estambul desempeñó aquel papel central, y su desaparición o supresión fue la verdadera causa principal del desbarajuste que ha predominado hasta nuestros días.

Después de la segunda guerra mundial, predominó la creencia de que podría establecerse un nuevo núcleo de hegemonía y equilibrio en el antiguo *Máchriq*, por medio de una federación de sus países árabes o arabizados. Aquella idea federal había nacido entre 1905 y 1909 para ser sólo aplicada a los territorios árabo-orientales; y sólo mucho después llegó a extenderse hacia los países árabo-bereberes del Africa del Norte propiamente dicha. La «Liga de Estados Arabes», que fue establecida en 1945 y que ahora consta de catorce países, llegó a ser su expresión oficial.

Después de enero del año actual, la conferencia «cumbre» que los países de la Liga celebraron en Rabat, no constituyó ni un éxito ni un fracaso; pero de todos modos no sirvió para resolver ninguno de los temas incluidos en su orden del día (referentes sobre todo a Palestina). Además, se inició desde entonces una dispersión de campos de acción parciales dentro del grupo de los Estados arábigos; comenzando por la conferencia tripartita celebrada en Trípoli, para concertar una acción especial entre los gobernantes de la R. A. U., el Sudán y Libia.

En junio, la extensión de algunas de las tendencias más extremistas y violentas entre los núcleos guerrilleros que constituyen la «resistencia» árabe-palestinesa contra Israel, apuntaba a la posibilidad de que dicho extremismo no se dirija contra el Estado judeo-sionista tanto como contra los regímenes árabes nacionales establecidos. El atentado que entonces se produjo contra la vida del rey Hussein de Jordania hizo pensar a otros gobernantes de Estados árabes, en que la subversión (más o menos inspirada en modelos chino-maoistas) llegue a intentar actuar dentro de los reinos y las repúblicas del Oriente árabe, con fines subversivos de acción entre sus masas populares.

Aumentan, por tanto, en todo el *Mideast* los factores de tensión y confusión, y los expertos técnicos orientalistas, como los más prestigiosos observadores de las repercusiones de la política mundial sobre aquel terreno, coinciden en considerar que deben buscarse y crearse unos puntos de paz, de solidez geográfica y de reconstrucción humana, que no sean el del tema (bas-

tante desacreditado y hasta casi completamente convencional) de que la crisis del Cercano Oriente sea principalmente un pleito «de árabes contra judíos».

Así ahora se vuelve la atención hacia un factor totalmente diferente, que a fines de 1969 se presentó con características de importante novedad, pero que no fue tratado con el debido cuidado y la necesaria comprensión en las reseñas de prensa de los países de Europa Occidental. O sea, el factor del Islam político universal.

La conferencia islámica de jefes de Estado, jefes de Gobierno y otros representantes de entidades políticas generales de países musulmanes, que se celebró en Rabat desde el 22 al 25 de septiembre, pudo considerarse justamente como un acontecimiento de trascendencia excepcional, aunque después fuesen muy diversos los juicios que se hicieron respecto al significado y a la eficacia de tal acontecimiento. Históricamente, aquella concentración de reyes, presidentes de repúblicas, gobernantes, presidentes de parlamentos, ministros del Exterior, etc., que representaban un conjunto, sobre todo religioso y jurídico-social, pero que no lo hacían como portavoces religiosos, sino como jefes nacionales, fue la primera reunión de este género conocida en la historia. El punto de partida original estuvo en la protesta contra el incendio producido en agosto, en la mezquita Al Aqsa de Jerusalén. Pero el verdadero resultado positivo consistió precisamente en que se hubiesen podido reunir tantos dirigentes de tan diversos matices y con tanta rapidez.

El número total de países musulmanes (del todo o en parte) que estuvieron representados en la «Cumbre» islámica de Rabat fue de 25 (contando al Líbano, cuyo Jefe de Estado es siempre católico). Además, las representaciones sueltas de los guerrilleros palestinos y los musulmanes minoritarios de la India. De todos los reunidos en Rabat se dijo que representaban globalmente a un conjunto musulmán mundial de 400 millones de personas aproximadamente. Pero aquella cifra redonda fue puramente efectista y propia de los comentaristas externos, ya que los reunidos en Rabat no pensaron nunca en una acción apoyada en tal factor numérico. Se reunieron para hacer una protesta y dar un grito de alarma sobre la protección de los Santos Lugares musulmanes y cristianos en Jerusalén. Y tanto las formas como las intenciones de su protesta se limitaron a ajustarse al marco de la Carta de la Organización de las Naciones Unidas.

La relativa frialdad del texto del comunicado final produjo entre los observadores no islámicos que se ocuparon de aquella cumbre (muy extensa, pero también muy tranquila) unos efectos de decepción. Así, la comentaron

solo de paso, y pusieron toda su atención en la anunciada posterior «Cumbre» árabe que parecía iba a ser más movida, emocionante y trascendental. Sin embargo, la reunión árabe terminó atropelladamente, sin comunicado y casi en desbandada, aunque a última hora una conferencia de Prensa del rey Hassan II mitigase el mal efecto producido por aquel «resultado sin resultado» como entonces, se dijo.

Así se llegó a marzo de este año, y desde el 23 al 25 tuvo lugar en la ciudad árabe-saudita de Yedda una conferencia de ministros de Asuntos Exteriores de países islámicos, convocada y celebrada según las conclusiones tomadas en Rabat en septiembre del año anterior. Tomaron parte ministros de Asuntos Exteriores de 22 países y hubo además tres observadores. El rey Faysal de Arabia Saudita pronunció el discurso inaugural cuyo punto principal fue una petición del aumento de la solidaridad hacia el pueblo de los árabes de Palestina (que son tantos musulmanes como cristianos). Este propósito fue recogido en el comunicado final; pero insistiendo en que internacionalmente la ayuda efectiva de los Estados musulmanes debe tener como principal campo de acción el ambiente de la O. N. U. y las gestiones para que se apliquen las resoluciones del Consejo de Seguridad.

En realidad, el aspecto más positivo de la reunión de Yedda fue haber logrado preparar la aplicación práctica de un principio que en Rabat sólo había constituido un deseo. Era el de que se proclamase de un modo firme la necesidad de que los Estados islámicos se consultasen regularmente y periódicamente, para ir confrontando sus puntos de vista, en los temas más trascendentales, sobre todo los del Cercano Oriente.

Para tales fines fue creada una Secretaría, con sede provisional en la misma Yedda, y con el cometido inicial de ser nexo continuo de contactos e información entre los Estados miembros; asegurar la continuidad de las gestiones en la O. N. U. sobre el problema palestino, e ir trazando el encuadramiento continuo de una serie de consultas mutuas entre los gobiernos participantes. Para ir realizando una mutua ayuda, no sólo en los sectores políticos mundiales y en los espiritualismos religiosos, sino en otros de carácter económico y técnico.

También se decidió que el conjunto de los ministros islámicos del Exterior celebre una reunión anual, para examinar los progresos realizados en los planes de colaboración y en su solidaridad internacional. La próxima de dichas reuniones será en el Pakistán, el próximo diciembre.

Así, pues, en la conferencia de Yedda se evitó hacer declaraciones retum-

bantes de gran pompa retórica, y se trató de no trazar planes optimistas que pudieran no llegar a cumplirse. En vez de eso se tendió al programa práctico y pragmático de ir procediendo poco a poco y a la medida de las novedades que se vayan presentando. Una de las manifestaciones de esto fue que, incluso al disponer la creación de la «Secretaría Islámica», no se dispuso que fuese necesariamente de carácter permanente, sobre todo para impedir que pudiese degenerar en un organismo casi solo burocrático y, por tanto, inerte.

Al comentar los resultados de la reunión de marzo, y hacer pronósticos sobre la de diciembre, uno de los sectores de información en lengua italiana, que tratan con mayor detenimiento los problemas del Próximo Oriente, hacía constatar que los hombres políticos reunidos en Yedda tuvieron el acierto de dejar en la sombra los motivos de litigios y exaltar, en cambio, los de conciencia general. Por eso, *«la solidarietà islamica potrebbe costituire un utile fattore di ordine nell'intrincata situazione medio-orientale»*.

Un modelo concreto e inmediato de lo que puede ser una cooperación racional y práctica de Estados islámicos se tiene desde julio de 1964, fecha en que comenzó a funcionar la triple R. C. D. (con nombre usual inglés de *Regional Cooperation for Development*); es decir, la alianza económico-técnico-social-cultural entre Turquía Irán y Pakistán. Los tres Estados juntos constituyen el núcleo más denso y más fuerte del Islam mundial, puesto que reúnen 167 millones de habitantes y tiene unos regímenes políticos perfectamente consolidados e independientes. La R. C. D. ha conseguido ya coordinar sus comunicaciones terrestres y aéreas, sus planificaciones agrícolas e industriales, y otros sectores educativos, bancarios, turísticos, etc., además de varios nuevos proyectos pendientes, tales como el de construir un oleoducto que lleve los petróleos persas hasta los puertos turcos del Mediterráneo.

Respecto a los países del Oriente árabe (y aparte sus intervenciones en las conferencias islámicas de Rabat y Karachi), los gobernantes de Ankara, Teherán y Rawalpindi vienen pidiendo desde 1967 que las grandes superpotencias actúen sobre Israel para que cumpla la Resolución del Consejo de Seguridad dada el 22 de noviembre de 1967. La más reciente gestión fue el 9 de mayo, con un mensaje enviado a Nixon y a Kosyguin, por el presidente turco, Yevdet Sunay; el Shah iranio, Mohammed Reza Pahlevi, y el presidente pakistani, Mohammed Yanya Jan.

En el interés creciente de Turquía, Irán y Pakistán hacia sus vecinos los países y pueblos de lengua árabe, no sólo obran deseos de paz y justicia en unos espacios geográficos contiguos; ni los motivos culturales-religiosos

(aunque estos últimos están desarrollándose de un modo sorprendente). Hay también algunos motivos más concretos y directos respecto a ciertas comarcas delimitadas, sobre todo las del Golfo Pérsico. Gran Bretaña ha anunciado que en 1971 retirará todas las fuerzas terrestres, navales y aéreas que tenía en los pequeños chejatos del Golfo. Así se producirá un peligroso vacío de poder. Ahora bien, el Golfo es el punto de producción y confluencia de las mayores zonas petrolíferas del Oriente islámico entero, y necesita estar exentos de nuevas presencias conquistadoras. En diciembre 1968, Irán, Turquía y Pakistán tomaron el acuerdo de hacer todos los esfuerzos posibles «para librar al Golfo Pérsico de toda intervención de Estados no ribereños». Y es un punto a favor de los tres países el de estar ligados por un tratado defensivo bastante eficaz.

Dentro del mismo Golfo, el Irán tiene como vecinos más amigos y más estrechamente ligados a Kuwait y Arabia Saudita. En consideración al uno y a la otra, el ministro iraní de Asuntos Exteriores, Ardechin Zahedi, leyó el 30 de mayo ante las dos Cámaras del parlamento de Teherán una declaración de que Irán está dispuesto a renunciar a sus antiguas pretensiones sobre las islas Bahrein y a aceptar los resultados de un referéndum que se celebre bajo la supervisión de la O. N. U. Entré tanto, y para mutuo apoyo de los ribereños, el Irán cuenta ya con una flota bastante activa y una aviación en constante desarrollo, que tienen como base el Chatt el Arab. Un puesto que también podría ser utilizado por los aliados pakistanos.

Respecto a Turquía puede considerarse que en lo diplomático, lo militar, lo territorial, y lo «islámico-básico» propiamente dicho, posee mayores facilidades de maniobra que sus amigos los iraníes y los pakistaníes. Puerta entre Europa y Asia; cerrando o abriendo los portillos entre el Mediterráneo y el Mar Negro; miembro de la O. T. A. N., por una parte, y en pacífica vecindad con la U. R. S. S. desde el viaje que el presidente turco, Yevdet Sumay, hizo a Moscú en noviembre de 1969. Como al mismo tiempo en lo interno, Turquía figura como nación oficialmente laica, puede evitar respecto a lo islámico toda clase de compromisos forzosos o rutinarios. Pero es un hecho que desde hace un par de años se reanudaron en territorio turco los «cursos coránicos» públicos. Y los peregrinos turcos vienen siendo los más numerosos entre quienes van a la Meca en la Pascua Grande musulmana. Así fueron 51.055 turcos el año pasado (entre un total de 374.784 de todos los países). Y 56.578 turcos en este año; entre un total internacional de 406.295.

El tema de las peregrinaciones llama, por otra parte, la atención hacia el

hecho de que la polarización de los Estados islámicos hacia lo estrictamente político en su acción personal, no representa un despego de los nexos religiosos tradicionales. Estos factores confesionales y canónicos han venido siendo tratados separadamente por los abundantes congresos teológicos musulmanes universales, que se han ido celebrando a raíz de la supresión del Jalifato que conservaban los Sultanes de Estambul. Los principales entre dichos congresos han sido los siguientes: El Cairo en 1924; La Meca en 1928; Jerusalén en 1931; tres en Karachi, entre 1949 y 1952; Jerusalén en 1952; La Meca en 1954; Damasco en 1958; tres en Jerusalén, La Meca y Bagdad el 1962; El Cairo en 1964; tres en El Cairo, Somalia e Indonesia el 1965; El Cairo en 1966; tres en Rawalpindi, El Cairo y La Meca en 1968; uno en Kuala Lumpur (Malaya), en abril de 1969; y otro en El Cairo, en marzo del corriente 1970.

Entre los dos más recientes, el de Kuala Lumpur, al cual asistieron teólogos y juristas islámicos de 23 países, se ocupó sobre todo de temas «de coordinación y simultaneidad por vías de consulta» respecto a varias cuestiones relacionadas con el «aggiornamento» o puesta al día de la vida diaria de las comunidades y los pueblos musulmanes, tales como las reformas en el matrimonio, la planificación familiar, las excepciones al ayuno ritual; los préstamos a interés. En Kuala Lumpur se preparó también la creación de un centro de investigaciones islámicas, como antecedentes a las futuras evoluciones.

El congreso de El Cairo en marzo no tuvo un carácter tan dinámico y reformista como el de Kuala Lumpur, pues se limitó a continuar una trayectoria propia local. Se trata de que en la capital egipcia, tanto los congresos como los demás actos universales de la que pudiera llamarse «Iglesia coránica», tienen como sede y puntos de celebración la famosa mezquita-universidad de Al Azhar, que fue fundada hace mil años, y desde hace un par de siglos viene desempeñando un papel, de máximo seminario central para los doctores de la ley de todos los ritos del musulmanismo, por medio de reuniones y contactos técnicos lo más frecuentes posibles. Además de las Secretarías permanentes establecidas en Kuala Lumpur y El Cairo, existen (aparte de los congresos religiosos-jurídicos) las otras diversas entidades islámicas de carácter internacional. Así la llamada «Liga Mundial Musulmana», que se reunió en La Meca en octubre de 1969. Y el «Congreso Mundial Islámico», que envió a la conferencia «Cumbre» de Rabat un observador sin voz ni voto.

Ahora se trata de procurar establecer alguna forma de contactos permanentes e intercambios de sugerencias entre los organismos de vinculaciones religiosas y los de cooperación estatales que inició la «Cumbre» de Rabat. El Shah del Irán y el rey de Marruecos enviaron, a comienzos del pasado junio a la Secretaría General de Yedda, una nota proponiendo que los Estados islámicos celebren otra reunión de urgencia antes del mes de agosto. La causa principal de la urgencia es el agravarse de la situación en Palestina; pero se ha sugerido que de paso podría estudiarse el tema del referido nuevo nexo entre los planes estatales y los comunales.

A la solidaridad de los antiguos nexos ideológicos y costumbristas entre los musulmanes de una serie de países y pueblos de las más distintas razas, pero con semejanzas de civilización, se une ahora en lo urgente de la problemática islámica común el peligro de las subversiones. Por ejemplo, en Palestina, entre los grupos de guerrilleros árabes (tanto cristianos como musulmanes en sus orígenes), crecen en importancia los extremistas que se dejan arrastrar por corrientes de «violencia maoísta», no sólo contra el sionismo de los gobernantes de Israel, sino contra los gobernantes árabes que representan los más sólidos factores del orden natural e histórico en aquellas regiones orientales. Otros fenómenos, de disolución análogas, amenazan en varios puntos de países arabizados, como Sudán y el Yemen del Sur, o en otros islámicos no arabizados, como Indonesia, Pakistán Oriental, y hasta la misma Turquía. En todos ellos, las subversiones ciegas, según modelos extranjeros, no pueden elevar a los islámicos, sino arrastrarlos a ser instrumentos de nuevas colonizaciones.

Cuando se celebró la conferencia de Rabat, algunos de los más serenos y objetivos expertos en cuestiones técnico-islámicas que escriben en francés, expresaban dudas respecto a la eficacia de aquella concentración de gobernantes, puesto que no llegaron a plantear un tema clave que predomina en la preocupación de las juventudes islámicas actuales. Es decir, el de si es posible que en un Islam renovado la religión vuelva a ser un asunto de Estado. Y si así se hace, poder determinar, ¿hasta qué punto puede volver a serlo?

En último caso, y refiriéndose a antecedentes de las acciones colonizadoras francesa e inglesa sobre países musulmanes de lengua árabe (sobre todo entre los años de 1920 a 1965), han dicho que el sentimiento de la pertenencia al Islam como un factor de solidaridad social fue el que mejor sirvió a los pueblos colonizados el poder resistir para conservar sus personalidades

que las colonizaciones tendían a disolver. No fue para ellos el Islam sólo una fe religiosa, sino también y sobre todo «un factor de identificación activa».

Ahora, las tendencias paralelas de los acercamientos panislámicos, tanto ideológicos como oficiales, tienden a superar las dificultades de que las independencias nacionales de muchos países musulmanes, nuevos o renovados, hayan tenido que simultanear tres esfuerzos de preservación, movilización y reconstrucción.

La mayor parte de esos países, hechos o rehechos desde 1920 hasta hoy, pueden considerarse como económicamente subdesarrollados, o, al menos, casi ajenos al aprovechamiento de sus propias riquezas, como, por ejemplo, las petrolíferas.

Este aspecto de subdesarrollo puede considerarse como un punto en contra para el nuevo Islam político y social, aunque, en cambio, haya otros puntos a favor, como el de que el Islam político vuelva a concebir la urgencia de constituir un núcleo central fijo, al cual no afecten las contingencias regionales de los diferentes países islamizados. Se trata de no desperdiciar la fuerza de los factores religiosos-sociales que les unen, y de constituir una reserva para futuras acciones comunes o simultáneas, dentro o fuera del llamado «Tercer Mundo».

RODOLFO GIL BENUMEYA

